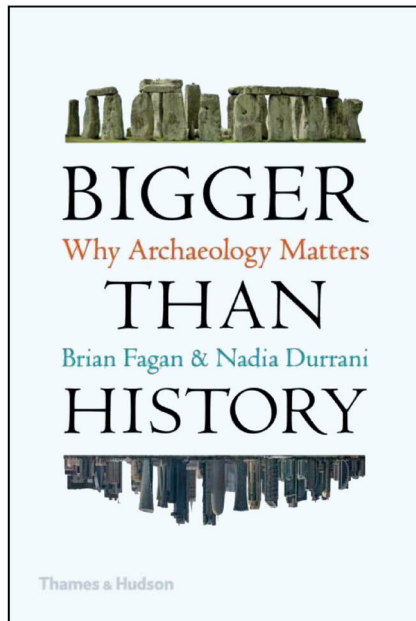


Fagan, Brian y Durrani, Nadia (2020). *Bigger than History. Why Archaeology Matters*. Thames & Hudson. Londres. 128 págs. + 15 figs. y 16 láms. (21 × 14 cm). ISBN 978-0-500-295083.



La arqueología está en *Los Simpson* y si algo está presente en esta famosa serie televisiva estadounidense (<https://www.youtube.com/watch?v=AVtvds2cA5g>) quiere decir que existe en el mundo real y cuenta (<https://popculture11.wordpress.com/essay-format/essays-the-simpsons>). En una genial viñeta de El Roto (*El País*, 2/10/2017) un estudioso barbudo y con gafas ante un escritorio y rodeado de libros dice: “Estudio prehistoria para documentarme sobre el futuro”. Y desde luego hay más sabiduría de la que parece en ese chiste gráfico porque el pasado ayuda a comprender el presente y prepararse para el futuro. Con ambas anécdotas estoy seguro que Brian Fagan estaría de acuerdo. La arqueología lleva fascinando a eruditos, estudiosos y académicos desde hace más de 150 años y desde mediados del siglo xx también ha fascinado a públicos no expertos y audiencias populares muy diversas, de forma creciente y manera continuada (Holtorf 2007). Su gran atractivo ha trascendido la disciplina y aún la propia divulgación incluyendo otros medios como el cine, que puede ir desde la extraordinaria película de Werner Herzog *La Cueva de los sueños olvidados* (2010) sobre las pinturas paleolíticas de la Cueva Chauvet hasta el interesante film de Simon Stone *La excavación* (2021) sobre la exhumación del famoso barco medieval de Sutton Hoo en el este de Inglaterra, basándose en datos reales aunque haya algunas licencias dramáticas en la historia.

Este libro afirma, ya en su propio título, que la arqueología es más grande que la historia y argumenta razones de por qué importa en el mundo actual. Ciertamente no es el primero en hacerlo, un repaso muy selectivo nos remite a obras de J. A. Sabloff (2008), *Archaeology Matters. Action Archaeology in the*

Modern World; A. Antelid y A. Synnestevedt (2016), *Whose History? Why Archaeology Matters*, siendo la de J. Barrett (2021), *Archaeology and Its Discontents. Why Archaeology Matters*, la más reciente. Y es que la arqueología busca los orígenes de todo porque, de alguna manera, “la verdad” está enterrada en el suelo; en esa medida la arqueología como defiende el francés J.-P. Demoule (2020) se encuentra en el corazón de los grandes debates de nuestro tiempo, entre otras cosas porque “construye el pasado, el territorio y la legitimidad histórica de cada nación y pronto su control sobre todo el mundo” (Demoule 2020: 9). En cualquier caso, la calidad de la escritura, la capacidad de síntesis y la amplitud de miras de Fagan y Durrani son admirables. Antes de seguir mi comentario, he de confesar mi afinidad con la visión de la arqueología y también la cercanía generacional con Brian Fagan (1936-), arqueólogo británico afincado en EE.UU. desde hace muchos años y Prof. Emérito en la Universidad de Santa Barbara de California (Fagan 2004). Es uno de los mejores y más ambiciosos divulgadores de la arqueología mundial, autor prolífico como atestiguan sus cerca de cincuenta libros —en varios idiomas— de introducción a la disciplina, grandes síntesis, textos universitarios, historias de la arqueología, sobre problemas actuales como el cambio climático o el mercado ilegal de antigüedades. La “gran narrativa” es una piel del pensamiento de Brian Fagan que nunca le ha abandonado, es más, se ha hecho cada vez más ambiciosa e informada. Hoy es un auténtico intelectual público muy influyente.

El propio Fagan ha dicho en una reflexión personal: “Me describiré a mí mismo como un escritor que trabaja día a día con los pies en muchos campos. A un lado del espectro está el mundo académico y al otro los trabajos populares [...] He sido muy afortunado siendo uno de los pocos profesionales que escribe para una audiencia general [...] Mi último objetivo al escribir sobre el pasado es comunicar la enorme importancia y fascinación de la arqueología científica [...] Y cada día que me siento ante mi ordenador me doy cuenta de lo mucho que tengo que aprender sobre el arte de escribir”. En cualquier caso el autor, además de humildad, ha aprendido muchísimo sobre cómo escribir libros de arqueología vibrantes y con nervio, como es la obra que nos ocupa.

Volvamos al libro, la arqueología es más grande que la historia e importa —y mucho en el mundo actual— por varias razones. Primero, su increíble dimensión temporal, puede abarcar desde hace seis millones de años con los ancestros de los primeros representantes del género *Homo* en África a eventos y restos materiales de solo hace unas pocas décadas. Es la única disciplina que puede estudiar todo el arco temporal de la Humanidad, frente a los poco más de cinco mil años de la historia. Sin duda la arqueología es más *grande*. Segundo, su perspectiva de tiempo largo (*Deep History* anglosajona y *longue durée* en términos braudelianos, aunque no sean sinónimos), que le permite el análisis de grandes fenómenos históricos, como la aparición del pensamiento simbólico y el lenguaje, la adopción de la agricultura

y la ganadería, el descubrimiento de la metalurgia, el surgimiento de sociedades estatales e imperios, por solo citar algunos ejemplos. La arqueología es buena en las distancias largas y procesos de tiempo profundo. Tercera, su dimensión social, porque la arqueología estudia a todos los miembros / clases / grupos o segmentos sociales, frente a la historia que se centra en ciertos sectores (“los que escriben la historia”), dejando fuera de foco a muchos individuos. Como ya decían Gordon Childe y Grahame Clark, en este sentido la arqueología es más *democrática*, en la medida que puede incluir potencialmente a todos los componentes de las sociedades del pasado, no solo a las elites y grandes personajes. Y en cuarto lugar, porque la perspectiva arqueológica resulta, en muchos aspectos, más objetiva que los textos históricos (con la carga subjetiva de quien los escribe: “los vencedores la embellecen”). La arqueología ofrece análisis más objetivos, porque, a pesar de las dificultades interpretativas del registro arqueológico, los restos materiales *mienten* menos. Podemos recordar el *Garbage Project* del Prof. William L. Rahtje en Tucson (1973), en el que quedó claro que los restos de los cubos de basura analizados arqueológicamente resultaron más objetivos que los formularios escritos por los políticamente correctos ciudadanos, al menos en lo referido al consumo de alcohol.

El libro, breve, en un atractivo formato pequeño está organizado en ocho capítulos que intentan recoger los temas más candentes de la arqueología contemporánea. Los tres primeros recogen aproximaciones generales a toda la panorámica arqueológica. Así el primero, “Revealing Deep History”, es una fantástica aproximación a la importancia de la arqueología y traza un cuadro increíble desde los primeros homínidos hasta la emergencia de las ciudades y los estados. Enfatiza que la arqueología estudia a todos los seres humanos y proporciona una única y amplia visión del pasado. Y esa profunda visión es la que ofrece información y enseñanzas para los temas y problemas de hoy. El capítulo 2 aborda uno de los temas más queridos de Fagan, la investigación del cambio climático. Con buenos casos de estudio del Viejo y Nuevo Mundo los autores destacan que si bien no podemos usar los cambios climáticos del pasado para predecir el futuro, la arqueología sí permite estudiar las reacciones humanas a los cambios de corto y largo alcance del pasado, especialmente cuando hoy la vulnerabilidad de las comunidades humanas al cambio climático es más alta que nunca.

El capítulo 3, “Revealing Who We Are”, arranca de la Salida de África, un escenario hoy día que contempla algún grado de interhibridación de poblaciones. Las historias recuperadas de nuestros antepasados deben sortear las amenazas del racismo, el etnocentrismo y el imperialismo. Y son narrativas arqueológicas de las gentes sin historia, los “sin voz”; en algunos casos no queda literalmente nada escrito y en aquellos en los que se ha conservado algún texto escrito sabemos que el tipo de conocimiento histórico que proporciona la arqueología es de distinta naturaleza de la documentación escrita. Y en ciertos contextos la complementación de datos arqueológicos y escritos

resulta memorable. Frente a la percepción homogénea de muchas culturas arqueológicas, la diversidad de formas de vida y las desigualdades sociales afloran en las modernas investigaciones arqueológicas y, así, detrás de la fascinación por las pirámides egipcias tiene igual interés recuperar los restos de la gente común, los constructores directos de las mismas, que muestran la vida de la mayoría de la población. Las historias de Ótzi, el Hombre de los Hielos, la revuelta de los indios Pueblo en el Nuevo México del siglo XVII y el descubrimiento del African Burial Ground en Nueva York, son excelentes ejemplos de cómo efectivamente la arqueología saca a la luz a los olvidados, los marginados, los pobres y otros grupos invisibilizados. Por eso también la arqueología es más grande que la historia.

La exploración del género en arqueología, que se ha convertido en un componente sin el cual no tiene sentido la historia de las sociedades humanas o lo tiene a medias, ocupa un capítulo central. Pero el contenido resumido no recoge la diversidad de enfoques, temas y posibilidades que el género y la construcción en el pasado de identidades tienen en las tradiciones arqueológicas actuales, incluyendo tradiciones minoritarias pero con brillantes aportaciones. Además el capítulo está excesivamente centrado en casos y ejemplos de arqueología americana. Y algo parecido puede decirse del capítulo sobre arqueología y nacionalismo; quizás demasiado clásico y parco en estudios muy recientes.

El capítulo 6 considera los problemas que conlleva que el turismo cultural, a veces de masas, esté creando sitios, conjuntos y monumentos arqueológicos. El turismo occidental rebasa las posibilidades de visitas sostenibles en muchos sitios, por ejemplo: los cerca de ochenta mil visitantes anuales de la pequeña isla de Pascua generan toneladas de basura diaria pero es la primera industria de la isla; los palacios de Angkor Wat en Camboya reciben dos millones de turistas, un millón más que los famosos guerreros de Xian (China). Los debates actuales giran en torno a las réplicas —única verdadera opción— cuando la fragilidad es grande, como la cueva francesa de Chauvet con sus increíbles pinturas. Se pueden implementar programas de mitigación de impactos y amenazas pero al final, como recuerdan los autores, conservar significa preservar realmente un sitio arqueológico o restos monumentales para futuras generaciones. Y el dilema es que eso hay que intentarlo con la otra cara de la moneda: presentar los restos a la sociedad y a cuantos más públicos mejor. La *Public Archaeology* lleva unas décadas trabajando en esa dirección con múltiples líneas de acercamiento al pasado arqueológico. Pero los retos no faltan: cómo abordar las solicitudes de devolución de piezas “robadas” durante las etapas coloniales, cómo hacer que las comunidades locales puedan participar y beneficiarse de la divulgación arqueológica o cómo controlar la industria del patrimonio en los casos más extremos.

El capítulo dedicado a la protección del pasado hace un repaso de los grandes problemas: 1) destrucciones relacionadas con conflictos bélicos y atentados terroristas (Budas de Bamiyán en Afganistán o la antigua

ciudad de Palmira en Siria); 2) el cáncer continuo del comercio ilegal de antigüedades que mueve cifras astronómicas y que dirige a veces la atención hacia los “ladrones de tumbas” de países del tercer mundo y no hacia los coleccionistas millonarios o las operaciones oscuras de grandes museos occidentales; 3) la destrucción de registros arqueológicos por causas naturales, muchas derivadas del cambio climático, como la erosión de costas marinas y estuarios o el deshielo del permafrost en Siberia y otros territorios; y por último, aunque no destacado por los autores, las destrucciones originadas por el hiperdesarrollismo del primer mundo, destrucciones que quedan ocultas o sin posibilidad de reversión. Proteger el pasado material no es proteger piedras, es preservar la historia de pueblos y comunidades, la identidad cultural y la alternativa de pensar y construir otro mundo mejor.

El último capítulo, a modo de epílogo o resumen acerca del porqué la arqueología importa, insiste en las ideas fuerza que se han presentado en los capítulos precedentes. La perspectiva de tiempo largo de la arqueología nos recuerda que todos somos *Homo sapiens* muy estrechamente relacionados y pertenecientes a la misma especie. La arqueología revela las infinitas expresiones culturales de lo que nos hace humanos y nos ofrece una gran narrativa de cómo comenzó la diversidad y de los caminos en los que se fue desarrollando por todo el planeta. En todo ello, las manipulaciones, tergiversaciones y usos públicos de pasados falseados acechan constantemente su investigación, especialmente al tratar las grandes cuestiones como el cambio climático o la desigualdad social. Se sugiere que el futuro próximo se orientará hacia la mejor comprensión de la diversidad de las sociedades humanas del pasado, la preservación de registros arqueológicos —ya que es un recurso finito e irremplazable—, las estrategias de investigación no-intrusivas, el desarrollo de fórmulas de conservación y de un “arqueoturismo” sostenible y, en última instancia, el fortalecimiento y diversificación de la presentación del pasado al mayor número posible de públicos. Para ello será fundamental la continua actualización de los planes de estudio de grados y másteres universitarios en arqueología. Y, muy importante, recordar que la arqueología es mucho más que la excavación.

En palabras de los autores, nuestra obligación con el pasado se orienta tanto al conocimiento de los antepasados como a la transmisión de restos e historias a las generaciones venideras. La arqueología muestra la rica y gran diversidad de las sociedades humanas y al mismo tiempo su origen del mismo tronco común, esa es en una “nuez” la esencia de la disciplina. Y eso es lo que celebra la arqueología y por eso importa, y mucho, no solo a la comunidad de especialistas sino a todas las sociedades contemporáneas.

¿Qué queda fuera del libro? La pregunta es casi impertinente y la respuesta tiene que ser muy benevolente si tenemos en cuenta que es una obra muy sintética y breve de poco más de ciento diez páginas. Con todo, sí pueden señalarse algunos temas —discutibles, por supuesto—, y que me atrevo

a mencionar solo con el ánimo de ampliar la mirada de esta recensión. Por ejemplo, se me antoja que la arqueología del conflicto y la violencia, tratada más o menos indirectamente en los capítulos sobre arqueología y nacionalismo y la protección del pasado, hubiera merecido si no un capítulo propio sí mayor extensión en su consideración. Los desarrollos de las dos últimas décadas con ataques terroristas a conjuntos arqueológicos, la arqueología de “campos de batalla” (incluyendo las “batallas de clase” como la masacre de Ludlow), las zonas de guerra, la arqueología de la represión en regímenes dictatoriales, entre otras cuestiones, han conducido a la creación de nuevas revistas como el *Journal of Conflict Archaeology* (2005), que aunque con un núcleo inicial muy anglosajón ha ido extendiendo sus estudios a nivel mundial. El estudio de los conflictos como cultura material, como patrimonio construido y como hechos históricos tiene ciertamente mucho futuro (Anónimo 2018). Otra línea emergente y con muchas posibilidades es la arqueología del despoblamiento moderno y contemporáneo, etnoarqueología de los abandonos o más comprometidamente *arqueologías del desarraigo* (Millán *et al.* 2019). Y, en fin, los más recientes desarrollos de la investigación arqueogenética, en la doble vertiente de proporcionar información científica y debates y aún manipulaciones ideológicas, configuran un subcampo de la arqueología cada vez más importante y con más protagonismo en discusiones actuales sobre orígenes y filiaciones de poblaciones humanas, migraciones y correlación de cultura material y datos paleogenéticos (Furholt 2021 y VV. AA. 2019). Para mí es la frontera transdisciplinar más excitante de la próxima década, por encima de otras también muy relevantes como el comportamiento cognitivo y las identidades y las interacciones humanas y los cambios ambientales (Kintigh *et al.* 2014).

No llega a siete páginas la bibliografía comentada, bien seleccionada, con mínimas apostillas pero muy esclarecedoras y reveladoras del vasto paisaje de lecturas acumuladas y procesadas por los autores, a modo de sólidos andamios que sostienen un pensamiento forjado a lo largo del tiempo. Y eso se nota y mucho. Las referencias abarcan obras clásicas de hace treinta, cuarenta o incluso cincuenta años pero con predominio de títulos de los últimos diez o quince años. Eso sí, con un aplastante monolingüismo, pues los poco más de cincuenta títulos son todos en inglés. Cuando algún libro divulgativo actual de gran éxito (Wragg Skyes 2021) presume de no abrumar con bibliografía y no cita ni un solo título (“no hay espacio para los nombres”) —aunque se remite a un mero y extenso listado (sesenta y una páginas) en un enlace de página web—, creo que algo sustancial ha cambiado; al menos en la forma de leer, de escribir y comunicar. ¿E incluso la sutil apropiación de visibilidad en la autoría? Una buena y breve bibliografía bien comentada sigue siendo, en mi opinión, un apartado fundamental de cualquier libro divulgativo o de síntesis que se precie.

Referencias

- ANÓNIMO (2018). Editorial. *Journal of Conflict Archaeology*, 18 (3): 151-153.
- ANTELID, A. y SYNNESTREDT, A. (2016). Whose History? Why Archaeology Matters. En: T. S. GUTTORMSEN y G. SWENSEN (eds.). *Heritage, Democracy and the Public. Nordic Approaches*. Routledge. Nueva York: 171-184.
- BARRETT, J. (2021). *Archaeology and Its Discontents. Why Archaeology Matters*. Routledge. Londres.
- DEMOULE, J.-P. (2020). *Aux origines, l'archéologie. Une science au coeur des grands débats de notre temps*. Editions La Découverte. París.
- FAGAN, B. (2004). Retrospect (But certainly not a necrology!) *Antiquity*, 78, 299: 173-183.
- FURHOLT, M. (2021). Mobility and Social Change: Understanding the European Neolithic Period after the Archaeogenetic Revolution, *Journal of Archaeological Research*. <https://doi.org/10.1007/s10814-020-09153-x>.
- HOLTORF, C. (2007). *Archaeology is a Brand! The Meaning of Archaeology in Contemporary Popular Culture*. Left Coast Press. Walnut Creek.
- KINTIGH, K. W. *et al.* (2014). Grand Challenges for Archaeology. *PNAS*, January 21, 111 (3): 879-880.
- MILLÁN PASCUAL, R., FALQUINA, A. y COMPANY, G. (2019). Arqueologías del desarraigo. Una aproximación al proceso de abandono y destrucción del rural. El caso Hontanillas (Guadalajara, España). *Vestigios, Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, 13 (2): 116-140.
- SABLOFF, J. A. (2008). *Archaeology Matters. Action Archaeology in the Modern World*. Left Coast Inc. Walnut Creek.
- VV. AA. (2019). Ancient DNA Research: Blessing or Curse for Archaeology? *World Archaeology*, 51 (4).
- WRAGG SYKES, R. (2021). *Neandertales. La vida, el amor, la muerte y el arte de nuestros primos lejanos*. Planeta. Barcelona.

Gonzalo Ruiz Zapatero

Dpto. de Prehistoria,
Hª Antigua y Arqueología.
Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense
28040 - Madrid